En resumen, Manuel Acuña, aparte de algunas ligeras incorrecciones que se notan en las poesías de su primera época, y aparte también de su injusticia y apasionamiento al hablar de D. José Zorrilla, cuyo genio todos debemos respetar, merece figurar en primera línea entre los poetas mejicanos. Causa admiración, á la par que amargura, el considerar lo que hubiera podido hacer durante una laboriosa vida, el que apenas entrado en ella ya se había conquistado merecidamente una corona de refulgente gloria.

La significación poética de Manuel Acuña es grandísima. Él representa mejor que nadie el renacimiento literario de Méjico después de la guerra de la intervención y del imperio.

Su actividad, su imaginación, su valer inmenso, influyeron muchísimo sobre aquella generación juvenil que había de ser la base de la regeneración literaria de su patria.

Las poesías de Acuña serán siempre leídas con admiración en todos los ámbitos de la tierra en que se hable la hermosa lengua castellana; y la memoria del inmortal poeta será eternamente una brillante estrella del pueblo mejicano, hijo predilecto del pueblo español.

FERNANDO SOLDEVILLA.

París, Setiembre de 1884.

Poesías de Manuel Acuña

Á LA
SOCIEDAD FILOIÁTRICA
EN SU INSTALACIÓN

¿Hasta cuándo llegará el día en que
se aprecie más al hombre que enseña
que al hombre que mata?

M. OCAMPO.

SOMBRAS gigantes de Scipión y Ciro,
De César y Alejandro,
No os alcéis de la tumba á mis acentos;
Que si es verdad que vuestra gloria admiro,
Me espanta vuestra gloria resonando
Entre ayes de dolor y entre lamentos,
Yo no canto á vosotros, cuyos lauros
En la sangre crecidos

Respiran con el aire de la muerte;
Yo no canto á vosotros los temidos,
Los que formáis las leyes con la espada
Sin tener más derecho que el del fuerte.
Vuestros nombres sublimes
No hacen arder la sangre de mis venas;
Yo canto á Atenas enseñando á Roma,
No canto á Roma conquistando á Atenas.
Como el águila audaz que surca el viento
En pos de espacio que bastante sea
Para dar á sus alas movimiento,
Lo mismo mi alma cuando hallar desea
La luz de la poesía,
No busca sus raudales en la noche,
Sino en la aurora al despuntar el día;
Y al encontrar la llama indeficiente
De la verdad sagrada,
Mi pecho entonces se electriza y siente,
Y de mi lira tosca y olvidada,
Brotan cantares que sonar quisieran
Desde el nuevo hasta el viejo continente.

Era la sombra: entre su negro manto
Vegetaban los hombres,
Nutriéndose con penas y con llanto,
Sin otra ciencia que sufrir humildes

Del infortunio las amargas leyes,
Y sin otros señores que verdugos
Con el pomposo título de reyes.
Esqueletos del cuerpo
Y esqueletos del alma,
Los seres como Dios, no eran entonces
El Adán pensador del primer día,
Sino siervos que ató, con mano airada,
Á su carro triunfal la tiranía.
Momias vivientes que al dejar el mundo
Para volver al hueco del osario,
Legaban á sus hijos en recuerdo
La cicuta del Sócrates profundo
Y la sangre del Cristo del Calvario.
Y así pasaron siglos y más siglos
Que de su inmensa huella en la distancia
Sólo dejaban sombras y vestiglos,
Vagando entre las nieblas
De la noche sin fin de la ignorancia.
Mas de pronto la luz del pensamiento
Iluminó vivífica y radiante
De la santa Razón el firmamento,
Y Dios apareció, bello y gigante,
Haciendo despeñarse en el abismo
Al soplo de sus labios soberanos
El sangriento puñal de los tiranos

Y la máscara vil del fanatismo.
Entonces fué cuando la Europa vía,
Trémula y espantada,
La mansión ignorada
Que la voz de Colón le predecía,
Y á Franklin elevándose al espacio
De su genio atrevido tras la huella,
Para robar á la rojiza nube
El fuego aterrador de la centella.
Entonces fué cuando se alzó la ciencia,
Disipando las sombras
Que huyeron en tropel á su presencia;
Y entonces cuando Méjico miraba
En la mansión maldita
Del crimen y del miedo,
En vez de la cadena y del levita
La figura grandiosa de Escobedo.
Y no tembléis al recordar la historia
Del lugar maldecido,
Donde el buitre feroz de la ignorancia
Ocultó sus polluelos y su nido;
No tembléis á la tétrica memoria
Del calabozo inmundo
Repitiendo los últimos lamentos
Del mártir moribundo;
Ya está lavada de su impura mancha

La guarida del crimen,
Que hasta la infamia misma desparece
Donde las huellas del saber se imprimen.
En vez de los verdugos,
Y del hirviente plomo y el veneno,
La Medicina que consuela y sana,
Y los hijos de Herófilo y Galeno.

Sublime redención, misión sublime
La del que sufre al consolar las penas,
La del que llora y gime
Al enjugar las lágrimas ajenas;
Misión de caridad y bienandanza,
Empezada por Cristo en el calvario,
Que redime y que canta en su santuario
Los himnos del amor y la esperanza.
Seguidla, pues, vosotros, que impasibles
Desafiáis á la muerte y los pesares;
Y si queréis que el mundo agradecido
Conserve vuestro nombre en la memoria,
Y que os levante altares,
Seguid vuestro sendero bendecido,
Que al fin de ese sendero está la gloria;
Y continuad sin dirigir la vista
Al espinado y escabroso suelo,
Y si ansiáis la conquista

Del lauro inmarcesible de la fama,
Elevad vuestros ojos hasta el cielo
Donde está quien os mira y quien os llama.
Y no penséis en la escarpada roca,
Ni en la espina punzante
Que atraviesa la planta que la toca;
No cejéis ni un instante
En vuestra noble y celestial carrera,
¡Adelante...! Adelante...!
Aun está muy distante
La corona de rosas que os espera.

1865

LA BRISA

(IMITACIÓN)

A MI QUERIDO AMIGO J. C. FERNÁNDEZ

Aliento de la mañana
Que vas robando en tu vuelo
La esencia pura y temprana
Que la violeta lozana
Despide en vapor al cielo:

Dime, soplo de la aurora,
Brisa inconstante y ligera,
¿Vas por ventura á esta hora
Al valle que te enamora
Y que gimiendo te espera?

¿Ó vas acaso á los nidos
De los jilgueros cantores